



El otoño de DRÁCULA

Por Isabella Falco *

Transilvania en octubre, cuando los árboles se visten con destellos de oro, rojo y ocre, es un destino de ficción. Y no por gusto. Es el hogar del personaje más fascinante de la literatura de horror, el conde Drácula. Pero el escritor que lo hizo famoso nunca estuvo allí.

El siniestro vampiro que se alimentaba de sangre humana es de novela. Pero su castillo encumbrado entre los escarpados montes y frondosos bosques de Transilvania está allí, listo para recibir al visitante. ¿Cuánto hay de cierto en la leyenda de Drácula y cuánto proviene de la imaginación de un irlandés con sífilis que no puso un pie en esas tierras?

Bram Stoker publicó *Drácula* en 1897, inspirado en descripciones y relatos de viajeros admirados por la misteriosa belleza de esta región de la actual Rumania, que antes fue provincia del Imperio de Sissi y Francisco José. Y que, hoy por hoy, se cuenta entre los lugares favoritos del ecologista príncipe Carlos de Gales, pues los montes Cárpatos que recorren Transilvania de un extremo a otro albergan a la población de osos más numerosa de Europa y a más de la mitad de todos los lobos del Viejo Continente.

Lobos. Jaurías que perforan con sus aullidos las noches de luna llena. Preparando el perfecto escenario para un cuento de terror. Pero, vamos por partes.

En Rumania, Drácula es recordado como un indomable guerrero que defendió la soberanía de su país. Un valiente que le hizo frente a los más temibles enemigos de su nación con ingenio sin igual. Un notable cuya tumba visitan los escolares en fechas clave del calendario patriótico rumano. No, no estoy confundida. Es el mismísimo Drácula. Solo que este no era conde, sino príncipe de Valaquia y héroe nacional.

... los clavó por el abdomen sobre una estaca en alto, uno a uno, lado a lado, como anticuchos, hasta conformar un gran bosque de invasores empalados.

Verán, su padre se llamaba Vlad Dracul o Vlad el Demonio y ya era un personaje de temer. He visitado su casa en Sighisoara, la ciudad medieval mejor preservada de Europa, habitada ininterrumpidamente desde el siglo XII, y en el restaurante que hoy funciona allí he saboreado un punzante *goulash*

húngaro a la luz de un candil que ilumina el macabro retrato del hijo que hizo famoso al Diablo.



Vlad Tepes, hijo de Vlad Drácula.

Y es que la leyenda se origina con el nombre del padre y se ocupa de las hazañas de su hijo Vlad Tepes, sanguinario gobernante nacido en 1431, que superó a su padre en el martirio de sus adversarios. Cuentan que Vlad juró que los turcos no invadirían sus fronteras y se propuso hacerlos escarmentar al primer intento. Le preparó una emboscada al batallón de vanguardia y, en vez de tomarlos prisioneros o pasarlos por las armas, los empaló. Sí, los clavó por el abdomen sobre una estaca en alto, uno a uno, lado a lado, como anticuchos, hasta conformar un gran bosque de invasores empalados. Y los dejó desangrarse lentamente bajo el sol y la lluvia, el día y la noche, sin conmoverse por sus gritos ni sus llantos. El hedor de la sangre derramada por las víctimas de Vlad se sintió a muchas millas a la redonda y fue eso, y el espectáculo indescriptible del bosque sembrado de miles de empalados putrefactos, lo que ahuyentó a los ejércitos enemigos y contuvo por un tiempo considerable el afán expansionista de los vecinos del Este.

La casa de Drácula construyó su fama con sangre. Y esta fama trascendió fronteras. Pero no por mérito de la Historia. Los peregrinos que hoy llegan desde los cuatro puntos cardinales al castillo de Drácula van en busca del vampiro. Lo asombroso es que, una vez allí, encuentran al empalador. Y sangre en abundancia. ■

* Creativa.